

cion divina, se apodera del hombre para hacerle pasar de la vida de la naturaleza á la de la gracia, perfeccionarle en ella, y guiarle á la vida de la inmortalidad. Su ingenio no habia cesado jamas de sugerirle recursos nuevos y secundarios en su marcha civilizadora por entre esos siglos favorables al talento, ya por la soledad de los claustros, ya por la estrañeza y diversidad del mundo.

El catolicismo fué la ley religiosa de la Europa entera en la edad media. En el siglo XV, sobre todo, se conoció que habia alguna agitacion en la conciencia de los pueblos, y que era conveniente una reforma. El periodo de este hecho grande estaba reservado al siglo XVI. Juan Hus habia proclamado el principio de independenciam del antiguo maniqueismo enarbolando el estandarte en el seno de la Europa continental. Lutero, imbuido en sus insidiosas máximas, las trasformó en dogmas, é hizo una religion: el ódio que concibió contra el Papa y las prácticas de la Iglesia romana, fué implacable. Resumir en un hecho general la serie de hechos tan variados á que dió lugar aquella revolucion religiosa, es una tarea difícil que no nos hemos impuesto. Nos basta probar nuestra tésis: el catolicismo es *uno*, y con todo eso *tolerante; invariable* y sin embargo, *favorable al progreso*. Parecemos que no llevan fundamento los que ven la causa de la reforma en la envidia que ocasionó á Lutero el que se hubiese encomendado á los dominicos la distribucion de las indulgencias. Este

reformador hizo sostener tésis públicas en el año de 1516, y los hombres ilustrados vieron en ellas el gérmen de los errores que enseñó despues, mientras que Leon X no concedió las indulgencias plenarias hasta 1517. No tienen mas razon los amigos de la reforma para buscarla en la necesidad de corregir los abusos ecsistentes en la Iglesia. No puede ocultársenos que el clero se hallaba generalmente envilecido por la simonía, que los príncipes favorecian demasiado, y por la incontinenencia que es su resultado. Al recordar los escesos de aquellos que fueron puestos para ser la sal de la tierra, el corazon rebosando afliccion no puede exhalar su dolor mas que con lágrimas y suspiros. ¡Cuán lamentable es que tales desórdenes hayan dado cierto pretesto especioso á las luchas intestinas y escandalosas que se siguieron! A nada menos iban encaminadas que á destruir en el ánimo de los pueblos toda consideracion hácia el órden eclesiástico. Pero ¿qué necesidad habia de Lutero para resucitar la austeridad de costumbres en el clero y en el seno de las naciones? ¿No estaban ahí los Concilios, centinelas vigilantes, para conseguir aquel objeto? ¿Faltaron jamas al cumplimiento de un deber tan importante? Ademas, bien tristes hubieran sido los medios de reforma adoptados por Lutero, que dejó el hábito de agustino para casarse con Catalina de Bore, y dió rienda suelta á todos los placeres sensuales. He aquí tambien un testimonio de que no puede dudarse. "No es cierto, dice el señor Guizot

(1) que en el siglo XVI fuese muy tiránica la corte de Roma, y que los *abusos* propiamente dichos fuesen mas escandalosos que nunca: jamas habia sido mas tolerante el gobierno eclesiástico:" confesion formal que queremos acatar á favor de nuestra tésis. "A mi parecer, continúa el señor Guizot, la reforma no fué ni un accidente, resultado de una gran casualidad ó de algun interés personal, ni una simple mira de mejora religiosa, el fruto de una utopia de humanidad y de verdad. Tuvo una causa mas poderosa que todo eso, y que domina todas las causas particulares. Fué un grande impulso de libertad del entendimiento humano, una nueva necesidad de pensar de juzgar libremente, por su cuenta y con sus solas fuerzas, de los hechos y de las ideas que hasta allí recibia la Europa ó estaba obligada á recibir de manos de la autoridad. Es una gran tentativa de emancipacion del pensamiento humano, y para llamar las cosas por su nombre, una *insurreccion* del entendimiento humano contra *el poder absoluto* en el órden espiritual. Tal es á mis ojos el verdadero carácter general y dominante de la reforma." De buena gana aceptamos este juicio del señor Guizot, que está en completa analogía con aquellos tiempos, en que levantándose la razon por un movimiento de reaccion, fué violenta y sediciosa.

En vez de hermosear con una aureola luminosa el dogma católico por obediencia y por respeto, le

(1) *Historia general de la civilizacion en Europa.*

mutiló rasgando los títulos de la única autoridad que debia dirigirla. Diversos conflictos habian originado la discusion sobre las cuestiones de autoridad y de jurisdiccion. La razon altiva se apoderó de ellas para intentar corroer la cadena con que creia humillado profundamente su orgullo. Se empeñó la lucha, y el movimiento racional se abrió camino á todos los errores. Pero la verdad católica, despues de haber luchado cuerpo á cuerpo con ella, la derribó en tierra, y permaneció siempre invariablemente una. Por tolerancia habia consentido el Papa Leon X en que Lutero se retractase solamente á presencia de Cayetano, su legado, cuando á la obstinacion del heresiarca no debia oponer mas que su poder. El Sumo Pontífice, que no desdijo nunca del esplendor de su nombre, anatematizó todos los escritos de Lutero en una bula de 20 de Junio del año 1520. Este, sin hacer caso de los rayos del Vaticano, combate sucesivamente al Papa, á la Iglesia y sus sacramentos: no hay error que no abrace; pero la fé permanece inalterable. La facultad de teología de Paris se unió al Papa para anatematizar al nuevo herege. La reforma habia estallado cuando Francisco I y Carlos V, la Francia y la España, estaban en guerra, cuando la casa de Austria se levantaba é iba preponderando en Europa, y cuando la Inglaterra, por medio de Enrique VIII, intervenia en la política continental con mas regularidad, perseverancia y estension que lo hiciera nunca. Todas estas circunstancias favorecieron

la propagacion del luteranismo, que fué la obra del interés en Alemania, de la licencia en Inglaterra y de la novedad en Francia. Para atraer á sí los príncipes y por cada uno de ellos á todo un pueblo, nada le era costoso. Despues de muchas tentativas para oponerse á escenas escandalosas, Cárlos V, incapaz de resistir á los príncipes confederados llamados protestantes desde la dieta de Spira y á las armas otomanas, les concedió la libertad de conciencia en Nuremberga hasta la convocacion de un Concilio general. Lutero murió en el año 1546 á los 63 de su edad; pero la secta, que se habia dividido en vida suya, se volvió á dividir á la manera de un arroyo que se pierde en la multitud de sus canales por mil derivaciones diversas.

Entre los principales discípulos de Lutero se cuenta á Calvino, Zuinglio, Osiander y Melancton, que aunque al parecer echaban menos lo pasado, propendian hácia un porvenir desconocido para ellos. La libertad de pensar y de creer producía diariamente nuevos símbolos: en los países sometidos á la reforma no habia mas que opiniones aventuradas, decisiones temerarias y declamaciones arrebatadas. El libre albedrío, los votos, el culto exterior, la invocacion de los santos, el Papa, los obispos, los sacerdotes, las fiestas, las bendiciones, las cruces, las indulgencias, las misas, el purgatorio, todo era inútil, hasta la necesidad de las buenas obras, porque *la fé sola* justificaba. El santo Concilio de Trento celebrado el año 1537 vino á vengar á la Igle-

sia de todos estos errores, esplicó la fé cristiana, y confirmó la antigua disciplina. Así tomó aquella su propia defensa y la de los principios conservadores de que es depositaria. Pero el concurso de las circunstancias habia sido tal, que Lutero y Calvino habian bastado para abrasar el edificio religioso y social. Nos aterramos y nos llenamos de horror con la sola idea de las guerras llamadas *religion* que llenan el siglo XVI en Francia. La vida de la reforma se encierra entre el año 1520 en que Lutero quemó públicamente en Witemberga la bula de Leon X que le condenaba, y el de 1648, fecha de la conclusion del tratado de Westfalia. Así la lucha entre los estados católicos y protestantes, el mayor efecto de la revolucion religiosa, duró desde el principio del siglo XVI hasta mediados del XVII. Por el tratado de Westfalia, concluido en el año 1648, segun el señor Guizot, los estados católicos y protestantes se reconocieron recíprocamente, y se prometieron vivir en paz y en la amistad, prescindiendo de la diversidad de religion. La fé católica permanece *una* en su doctrina; pero *tolerante* como siempre para con las personas.

El que no obra segun estas máximas, no conoce su espíritu, que es un espíritu de union, de caridad, de paciencia y de proteccion. El que so pretexto de divergencia de culto aborrece á sus hermanos disidentes en creencias, abjura el catolicismo y renuncia á iniciarse en la familia cristiana. ¡Ah! ¡que no podamos borrar con nuestras lágrimas esas tris-

tes páginas de la historia en que se pintan los espantosos excesos de los dos partidos contendientes, que bajo el pretexto de religion combaten y se despedazan, sucesivamente vencedores y vencidos firman tratados de paz, y luego con menosprecio de la fé jurada vuelven á tomar las armas y arrastran á la lid á los grandes, á los príncipes y á los reyes, é incitan á las ciudades y provincias á la insurreccion! La Europa entera parece que se cubrió de luto, y donde quiera no se oían sino gemidos y gritos de desesperacion. No es nuestro objeto juzgar á los hombres sino las cosas. No examinaremos cuál de los dos partidos se mostró menos tolerante en la lucha comun: nos basta consultar los hechos. “La reforma, dice el señor vizconde de Chateaubriand (1), despertó las ideas de la antigua igualdad. Propiamente hablando, la verdad filosófica revestida de una forma cristiana combatió la verdad religiosa..... Bajo el aspecto religioso la reforma conduce insensiblemente á la indiferencia ó á la falta completa de fé; y la razon es que la independencia del entendimiento viene á pararen dos abismos, la duda ó la incredulidad. Y por una reaccion natural, la reforma, apareciendo en el mundo agresora, puso al catolicismo en la necesidad de resistir á sus incesantes embestidas y á sus invasiones. Así se la podría acusar de haber sido la causa indirecta de los horrores de la jornada de San Bartolomé, de los furores de la

(1) *Análisis razonada de la Historia de Francia.*

liga, del asesinato de Henrique IV, de las muertes de Irlanda, de la revolucion del edicto de Nantes y de las dragonas (1). El protestantismo clamaba contra la intolerancia de Roma, al paso que degollaba á los católicos en Francia, aventaba las cenizas de los muertos, encendia las hogueras de Sirven en Ginebra, se manchaba con las violencias de Munster, y dictaba las leyes atroces que oprimieron á los irlandeses, apenas libres en el dia, despues de algunos siglos de servidumbre.” Nos parece que el juicio de estos hechos, justifica bastante al catolicismo para tapar la boca á los que intentaran deducir consecuencias de ellos para gritar todavía intolerancia. La Iglesia tendria siempre fundamento para responder: Hace muchos siglos que estaba yo en posesion: acometida en la creencia de los pueblos he debido defenderla: desapruebo los excesos de crueldad que han sido la consecuencia deplorable; pero no soy de ningun modo la causa de ellos. En este sentido decia el ilustre autor ya citado: “La Religion cristiana entra en una nueva era: como las instituciones y las costumbres, sufre la tercera trasformacion: deja de ser política, y se hace filosófica sin cesar de ser divina: su círculo flexible se estiende con la ilustracion y la libertad, mientras que la cruz señala para siempre su centro inmóvil.”

(1) Así se llamaron las persecuciones de los protestantes en tiempo de Luis XIV, porque se empleaban dragonas en ellas.

Cesen, pues, las antipatías entre las diversas comuniones. Unanse en el beso del mismo amor los hombres, cualquiera que sea su procedencia, y estrechense al pié del Calvario, origen comun de la gran familia regenerada. Afírmese la concordia mas perfecta entre los disidentes, y anúdense otra vez por conviccion y en paz los vínculos rotos, para que se forme un pueblo de verdaderos hermanos. Este es el deseo mas ardiente de nuestro corazon, el objeto de las mas dulces esperanzas, y el fin constante de todos los esfuerzos de cualquiera que tiene un corazon ilustrado por la fé.

Entre tanto, la civilizacion iba creciendo: el descubrimiento de la América, la toma de Constantino-
pla por los turcos y la invencion de la imprenta, es-
tendian el dominio de la inteligencia y de la moral.
Aquel fué el tiempo en que la literatura italiana res-
plandecia, y comenzaba la literatura francesa y la
inglesa: aquella fué la época de los progresos mas
activos del sistema comercial. La actividad del
entendimiento humano se manifestaba en todos
sentidos.

Se ha preguntado si el movimiento de oposi-
cion á la Iglesia, al paso que estimulaba la accion
intelectual, no perjudicó mas bien que sirvió al ver-
dadero progreso. Responderemos con el Sr. de Cha-
teaubriand que si Lutero y el protestantismo no hu-
biesen venido á violentarlo todo, el progreso y la
reforma, pero legítimos y católicos, hubieran llegado
con mas lentitud sin duda, pero tambien con mas

regularidad, y sobre todo sin tanto escándalo, ni guer-
ras, ni efusion de sangre. Otro autor no menos
estimable ha añadido, que aunque reconoce la po-
derosa influencia de la lucha exterior sobre la accion
interna de la Iglesia, está persuadido al mismo tiem-
po de que la oposicion del protestantismo y luego
del filosofismo, tan ilegítima ya y tan errónea, fué
tambien desgraciada bajo este concepto por su mis-
mo esceso. No solamente estimuló el movimiento
en lo interior del catolicismo, sino que rompió su
justa medida precipitándola esclucivamente en
combates intelectuales. Valia infinitamente mas
que todas las facultades caminasen juntas, cada
una segun su ley, aunque llegasen un poco mas
tarde.

Pero tenemos que confesar que hay épocas en que
la sociedad se renueva, y en que ciertas catástrofes
imprevistas acarrear variaciones en las ideas, en
las leyes y en las costumbres. Este es el resulta-
do de la marcha á veces forzada de la civilizacion
hácia la perfeccion inherente á la naturaleza huma-
na. Lutero con la reforma estaba á orillas de un
universo nuevo; y sin embargo, el catolicismo, per-
maneciendo *invariable*, no dejó de impeler al *pro-
greso*. Cubrió la Europa de monumentos religiosos;
y como en otro tiempo produjera un Leon para pro-
teger al mundo civilizado contra Atila, produjo otro
Leon para poner término al estado bárbaro de las
facciones, y embellecer la sociedad que ya no era
necesario defender. Continuó su obra de restaura-

cion, y rodeado de una nueva generacion de Pontífices, y sostenido por nuevos órdenes monásticos, apareció mas puro y magestuoso.

A pesar de la ecsageracion del racionalismo, habia habido un progreso real; pero un progreso prudente y continuo, un verdadero progreso de la razon. Descartes, Bossuet, Pascal y Fenelon parecia que habian engrandecido la humanidad con su talento. Entre tanto, el jansenismo que atormentaba á la Iglesia hacia dos años, acababa de ser herido en el corazon, y no tardó en espirar en las convulsiones del cementerio de S. Medardo.

Ya se acercaba la época en que la libertad, hija de la razon, era llamada á suceder á la antigua libertad, hija de las costumbres. Montesquieu, Rousseau, Raynal y Diderot en medio de sus declamaciones, fijaban la atencion de la multitud sobre los derechos de la libertad política. La autoridad que siempre habia sido disputada en las asambleas legítimas de la nacion y en los tribunales superiores bajo el reinado de Luis XIV, á quien sin embargo ningun parlamento se atrevió á hacer representaciones, se puso en litigio otra vez, y con mas calor despues de la muerte de aquel monarca. Voltaire hacia el papel mas importante, y Ferney se habia vuelto la corte europea.

La reforma preñada de la indiferencia de las religiones, en lenguaje de Jurieu, y manantial del ateismo mas puro segun Bossuet, habia dado á luz la filosofia del siglo XVIII, que á su vez debia abor-

tar una revolucion. Lutero habia trasformado en dogma el principio de independecia sostenido en otro tiempo por los maniqueos, y Mirabeau quiso aplicarle al mundo político. *El primero no habia querido Papa, y el segundo no quiso reyes.* “Todo ademas contribuía á una revolucion, dice en su historia el señor Thiers. Un siglo entero habia contribuido á descubrir los abusos y llevarlos hasta el esceso: dos años á escitar á la rebelion y á ganar á la multitud popular haciéndola intervenir en la contienda de los privilegios: finalmente, algunas calamidades naturales y un concurso fortuito de diversas circunstancias, acarrearón la catástrofe cuya época podia muy bien diferirse, pero cuya ejecucion tarde ó temprano era infalible. Estaba empeñada una larga lucha entre los parlamentos, el clero y la corte á presencia de una nacion agotada con prolongadas guerras: hácese las elecciones, y se abren los estados generales.” Aunque calculamos con el señor Thiers las diversas causas de la revolucion, creemos poder decir con tanto fundamento como verdad, que la principal causa de ella consistió en la razon, que estraviada por las pasiones, no conoció ya freno y aspiró á la emancipacion de toda autoridad. Otras mil causas favorecieron sus triunfos, y estalló la revolucion. Así, el catolicismo ha estado siempre en accion contra el movimiento de insurreccion que le ha perseguido incesantemente; pero nunca ha dejado de ser *uno y tolerante.*

Ya habia admirado el universo la caridad de Fe-

nelon durante el cruel invierno que se siguió á los desastres de Luis XIV; y á la apertura de los estados generales se pudo juzgar del espíritu de tolerancia que animaba al clero. Cuenta el señor Thiers que el discurso del obispo de Nancy, en que abundaban los sentimientos generosos, fué aplaudido con entusiasmo á pesar de la santidad del lugar y la presencia del rey: que la emocion fué general; y que repentinamente se acabaron los ódios en mas de un corazon, y tuvieron entrada la humanidad y el patriotismo." Esta ha sido siempre la divisa del cristianismo: *olvido de las injurias y amor de los enemigos*. Si á poco se trata de la verificacion de los poderes y de deliberar acerca de la invitacion que en nombre del Dios de paz hacen los diputados del estado llano para que se reuna el clero con ellos en el salon de la asamblea, á fin de escogitar los medios de efectuar la concordia, muchos miembros de aquel responden con aclamaciones, y aceptan lisa y llanamente el proyecto que se les habia presentado. Pero nunca llevó el clero su tolerancia hasta romper la unidad católica. Inmediatamente que la asamblea constituyente decretó el proyecto de la constitucion civil del clero, este se opuso con energía á tal usurpacion de la autoridad espiritual. La revolucion avanzó en sus caminos de invasion, de destruccion y de muerte. Levantaos, gloriosos Pontífices, y vosotros, sacerdotes del Señor, al estruendo de la nueva tempestad que brama sobre vuestros palacios y vuestros templos, ó mas bien

huid, huid de la tierra que os traga. Se os ecsige un juramento. . . pero continuareis estrechamente unidos á la Iglesia. Antes os dejareis encerrar en las cárceles ó asesinar al pié de los altares, que abandonarla.

Por entre las ruinas y los cadáveres palpitantes que señalaban el paso de aquella plaga asoladora, el catolicismo guiaba á sus hijos fieles. Los unos se dirigian á regiones estrangeras, mientras que otros se mantenian en el suelo patrio donde bajo formas diversas no cesaban de invocar las bendiciones del cielo, y abrir á las almas los manantiales de la gracia para hacerlas dignas de la verdadera gloria. La lucha estaba empeñada, y era formal, activa, implacable: una de las partes debia sucumbir. La Religion combatida de todas partes cejó un instante; pero hizo como los partos, que al huir arrojaban el dardo mortífero al pecho del vencedor: y la revolucion halló su ruina completa en el terreno mismo que al parecer habia dejado momentáneamente la Religion en su poder. Habia descargado la tempestad, y se calmó despues de haberse desencadenado todas las pasiones. La licencia de pensar y de obrar fué inmolada por uno de los héroes que la misma revolucion habia dado á luz. Cuando se retiraron las olas de la anarquía, apareció Napoleon á la entrada de un nuevo universo, como aquellos gigantes que aparecieron despues del diluvio. A su regreso de Egipto se apoderó de la espada del mando; y la unidad del catolicismo que tenia que correr aun graves peligros, los venció.

Es verdad que la constitucion civil del clero arrancó al sacerdocio muchos hijos desdichados; pero la mayor parte desaprobaron luego el error que los habia seducido. El cisma de los disidentes con que se metió entonces tanto ruido, no era mas que una quimera, porque era imposible ser cismático profesando la fé de la Iglesia con riesgo de sus bienes, de su libertad y de su vida, y permaneciendo notoriamente en la comunión de aquella. Además, ¿quién no tiene noticia de los breves de Pio VI para condenar la constitucion civil y la decision de la Iglesia universal que se siguió de aquí? Entre los ciento treinta y un obispos que ocupaban las sillas de Francia cuando la expedicion de dichos breves, ciento veintisiete se adhirieron muy esplicitamente á esta decision: mas de ciento treinta y cinco obispos extranjeros se unieron á ellos por una adhesion tan positiva, y en ninguna parte se oyó reclamacion alguna de los primeros pastores. Así, pues, la sentencia que nosotros alegamos, emana del cuerpo entero de la Iglesia doctrinante. Por eso se miró como definitiva. Las alocuciones de Pio VII, de 24 de Mayo de 1802, y 26 de Junio de 1805, lo testifican. Se vió salir la unidad del catolicismo de entre las olas que amenazaban tragarle, radiante con las glorias de su destino. El cristianismo lo habia resuelto todo; y del Oriente al Occidente cantaba la humanidad su himno de descanso, de regeneracion y de la ciencia con su *Hosanna* de gloria al Crucificado.

La paz de Tilsitt habia confirmado á Napoleon en el mas alto grado de pujanza á que podia llegar, y vencedor en Wagram se embriagó con sus triunfos, que prepararon la caida de un trono tan maravillosamente levantado; pero la Iglesia debia quedar en pié, á pesar de los esfuerzos que él hubo de hacer para derribarla ó levantarla otra vez. En su ambiciosa política reunió los Estados romanos á su imperio en el mismo año que dictó al Austria la paz de Viena. El Papa se opone á aquella usurpacion, y el catolicismo es herido en su cabeza; pero no por eso debia alterarse su unidad. Halló garantías en el concordato firmado por el digno sucesor de Pedro, y en ciertas miras de orden público y de paz para la Iglesia, y de independencia para la Santa Sede. El Concilio nacional convocado por Napoleon el 9 de Julio de 1811, dió el espectáculo mas grandioso al mundo cristiano. Armados nuestros Pontífices del escudo de la fé, desafiaron á aquel que queria sojuzgar al universo: vislumbraron que se trataba de menoscabar la unidad de la Iglesia, y con una fé fuerte y valerosa le respondieron *non licet*; y la unidad quedó intacta. El Sumo Pontífice, de alma grande y corazon expansivo, fué trasladado de Savona á Fontainebleau, donde padeció hasta el año 1813 todos los dolores de un penoso destierro; pero tantas humillaciones no podian menos de presagiar un triunfo glorioso en un tiempo cercano. El 25 de Enero del mismo año, el Papa firma un nuevo concordato bajo